

El documento a continuación, ha sido tomado de “Montaigne. Ensayos Completos”, editorial Porrúa, México, 1999, p.338-349. Para uso exclusivo de la materia **Comunicación Oral y Escrita I y II** de la Universidad ICESI.

Profesora: Andrea Rodríguez Mancera

LES ESSAIS DE MICHEL SEI GNEVR DE MONTAIGNE

EDITION NOUVELLE, TROUVEE APRES
le texte de l'original, corrigé et augmenté par les deux
plus grands spécialistes de l'œuvre.



A PARIS
Chez ANTOINE VASTO, Libraire, sur le Pont
Neuf, au Palais National, au Salon de la Peinture.
MDCCLXXX.

“Al Lector :

He aquí un libro de buena fe, lector. En él advertirás desde el principio que no me he propuesto, al hacerlo, fin alguno, no siendo doméstico y privado. (...) Aquí se leerán a lo vivo mis defectos e imperfecciones y mi modo de ser, todo ello descrito con tanta sinceridad como el decoro público me lo han permitido. (...) Así, yo mismo soy el tema de mi libro, y no hay razón, lector, para que emplees tus ocios en materia frívola y vana. Adiós, pues.”

Marzo, 1580

DE LOS LIBROS

Michel Eyquem de Montaigne

El siguiente extracto pertenece al Libro II, escrito posiblemente entre 1578-1580.

Sin duda hablo a veces de cosas que han tratado mejor y más verdad los maestros de los respectivos oficios. Yo aquí me limito a ensayar, mis facultades naturales y no las adquiridas, quien me coja en ignorancia nada hará contra mí, porque nada alegará otro sobre mis discursos que no me haya alegado yo; y añadido que no estoy satisfecho de ellos. Quien ande en busca d ciencia, cójala donde se aloje, que yo no profeso tenerla. Éstas son solamente mis fantasías, con las que no pretendo hacer conocer las cosas, sino hacerme conocer yo. Quizá ciertas materias me sean conocidas alguna vez o quizá me lo hayan sido ya, según la fortuna me lleve o haya llevado allí donde son sabidas; pero no me acuerdo, porque, si soy un hombre de algunas lecturas, lo soy de nula memoria. Así, no garantizo certeza en nada, salvo la de hacer saber hasta qué punto llegan los conocimientos que tengo en esta hora. No se atienda, pues, a las materias, sino a la manera cómo las expongo, y véase, en lo que de otros tomo, si he sabido escoger bien aquello que realza o socorre la invención, la cual nace siempre de mí. Hago, por ende, que los demás expresen, no antes, sino después que yo, las cosas que no puedo decir bien, por flaqueza de mi lenguaje o de mis sentidos. En las citas que aduzco me atengo al peso y no a la cantidad, pues si número hubiese querido, habría doblado los pasajes ajenos que introduzco. Todos éstos, o casi todos, son de nombres tan famosos y antiguos, que creo que ellos solos se mencionan sin que los mencione yo. Hay razones, comparaciones y argumentos que trasplanto a mi solar confundiéndolos con los míos y ocultando adrede a su autor, para refrenar la temeridad de esas sentencias apresuradas que se arrojan sobre todos los escritos, y en particular sobre los nuevos que producen personas vivas aún y en lengua vulgar. Todo el mundo créese con facultad para hablar de las obras recientes y para considerarlas comunes en sus designios y concepción; y así quiero que den un papirotazo a Plutarco en mi nariz o que en mí injurien con ardorosas palabras a Séneca. Debo de tal suerte proteger mi debilidad con esos grandes prestigiosos.

Gustaríame que alguien me desplumara separando mis plumas de las ajenas, ya que éstas se reconocen por la claridad de juicio y fuerza y belleza de propósitos; porque yo sé medirme bien y cónstame que mi jardín no da flores tan ricas como las que aquí andan sembradas, a las cuales todos mis frutos propios no podrían equivaler.



Libros de la biblioteca de Montaigne.

Pronto estoy a confesar si hay vanidad y vicio en mis discusiones, aunque yo no lo note, porque es cosa corriente que nuestras faltas escapen a nuestros ojos, y el poco juicio no consiste en esto, sino en no darnos cuenta de nuestros defectos cuando otro nos los descubre. Puede haber en vosotros verdad y ciencia y no juicio, y también juicio sin ciencia ni verdad. El reconocimiento de la ignorancia me parece uno de los mejores y más seguros testimonios de buen juicio. Para alinear mis baterías no tengo más sargento que la Fortuna. Tal como mis imaginaciones se me presentan, así las encajo, y ora acuden en multitud, ora se arrastran en fila. Quiero que se vea a mi paso natural y ordinario, por torpe que fuere; me dejo ir tal como me hallo; y, por consiguiente, no hay aquí asuntos que no me sea permitido ya ignorarlos, ya hablar de ellos casual y temerariamente.

Quisiera tener más perfecta inteligencia de las cosas, pero no quiero comprarla a precio demasiado alto. Mi designio es pasar tranquila y no trabajosamente lo que me quede de vida, y no deseo romperme la cabeza por nada, ni aun por la ciencia, por mucho que valga.

En los libros sólo busco el placer de una distracción honesta, y si estudio, únicamente persigo la ciencia que trata del conocimiento de mí mismo, instruyéndome a vivir y morir bien.

*Has meus ad metas sudet oportet equus.*¹

Si leyendo hallo dificultades; no me caliento los cascos par descifrarlas, sino que les doy una o dos cargas y luego las dejo. Porque si me plantase en ellas, perdería el tiempo y me perdería a mí mismo. Mi espíritu es del primer golpe, y si no ve las cosas al primer empuje, las ve menos obstinándose. Nada hago sin alegría, y la continuación y retención muy prietas ofuscan, cansan y entristecen mi juicio. Mi vista se confunde y disipa; he, pues, de retirarla, y sólo vuelvo a fijarla a sacudidas, al modo que se aconseja hacer para apreciar el brillo de la escarlata. Cuando un libro me enfada, tomo otro, y sólo leo a las horas en que el fastidio del ocio comienza a pesarme. No me ocupo en las obras nuevas, porque las antiguas me parecen más plenas y firmes, ni en las griegas, porque mi criterio no sea fruta de una comprensión principiante y pueril de esa lengua.

Entre los libros de mero placer hallo, entre los modernos, el *Decamerón*, de Boccaccio, *Gargantúa y Pantagruel*, de Rabelais y *Los Besos*, de Juan Segundo², dignos de que uno se entretenga con ellos. Los *Amadises* y toda esa clase de escritos no me han atraído ni aun en la infancia. Y añadido, atrevida o temerariamente, que ésta mi alma vieja y crasa no se deja seducir por Ariosto, ni siquiera por el buen Ovidio, cuyas invenciones y facilidad, que antaño me encantaron, hoy apenas me divierten.

¹ Hacia esa meta corren mis corceles (Propercio, -IV, 1, 70).

² Juan Nicolás Everaerts, poeta latino renacentista, nacido en La Haya en 1511 y desaparecido en Tournai antes de cumplir los veinticinco años.

Expongo libremente mi opinión sobre todas las cosas, incluso aquellas que quizá rebasan mi capacidad y no pertenecen a mi jurisdicción, porque en mis opiniones pretendo dar la medida de mi visión y no la de las cosas. Cuando hallo que me disgusta el *Axioco* de Platón, como obra pobre para su autor, mi criterio no lo admite, porque no es tan desenfadado que se oponga a la autoridad de tantos y tan famosos juicios antiguos a los que considera sus maestros e instructores. Antes bien se reprende a sí mismo y se condena por detenerse en la superficie cuando no puede penetrar al fondo, o por mirar las cosas por algún falso brillo. Procura mi criterio precaverse sólo contra toda perturbación y desarreglo, porque su debilidad la confiesa y reconoce de buen grado. Cree dar justa interpretación a las apariencias que le presenta su concepción, pero las tales son torpes e imperfectas. Las fábulas de Esopo tiene varios sentidos e inteligencias, y quienes las mitologizan eligen algún semblante que cuadre bien a la fábula, mientras la mayoría de las gentes sólo ven su faz primera y superficial, sin saber penetrar en los más esenciales y ocultos. Tal es mi caso.

Pero, siguiendo mi camino, me ha parecido siempre que, en la poesía, Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio tienen, con mucho, el primer lugar, particularmente Virgilio en sus *Geórgicas*, que estimo la más cumplida de las obras poéticas. Por comparación a ellas, fácilmente se advierte que hay pasajes de *La Eneida* a los que el autor aún hubiera dado otro toque si hubiese podido hacerlo. El quinto libro de *La Eneida* paréceme el más perfecto de todos. También me agrada Lucano y lo leo con gusto, no tanto por su estilo como por el valor y verdad de sus opiniones y juicios. Respecto al buen Terencio, con las gracias y juegos de su lenguaje latino, hállele admirable cuando representa a lo vivo los impulsos del alma y la condición de nuestras costumbres. De continuo nuestras acciones me inclinan a él y nunca lo leo sin encontrarle una nueva belleza y gracia. Los de tiempos próximos a Virgilio se quejan de que algunos le comparaban con Lucrecio, y yo entiendo que ésa es, en verdad, comparación desigual; pero me ha costado trabajo fortalecerme en esta opinión cuando he leído ciertos bellos pasajes de Lucrecio. Quienes de aquello se quejaban ¿qué no dirían de la bárbara estupidez y necedad con que algunos ahora ponen en parangón a Ariosto con Virgilio? ¿Y qué diría el propio Ariosto?

*O seculum insipiens et infacetum!*³

Estimo que los antiguos tenían más razón en quejarse de los que comparaban Plauto a Terencio, que los que protestaban de la comparación entre Lucrecio y Virgilio. Para la estimación y preferencia de Terencio es mucho ya que el padre de la elocuencia romana lo tuviera tan a menudo en boca como único entre

³ ¡Oh siglo ignaro y sin gusto! (Catulo XLIII, 9).

los de su clase; así como es de considerar la sentencia que el primer juez de los poetas romanos da de su compañero. A menudo he pensado en ese hecho de que quienes en nuestro tiempo hacen comedias (en especial los italianos, que son muy felices en esto) suelen emplear tres o cuatro argumentos de Terencio o Plauto para formar uno suyo, como también encajan en una comedia cinco o seis cuentos de Boccaccio. Lo que les lleva a cargarse de tanta enjundia es que temen no poder sostenerse con sus solas gracias y necesitan un cuerpo donde apoyarse. Y como de por sí no tienen cosa que valga; procuran que su cuento nos entretenga como quiera que fuese. Con el autor que digo pasa lo contrario, porque las perfecciones y belleza de su modo de decir nos llevan a perder el apetito de su tema, mientras sus gentilezas y primores nos subyugan por lo gratos que son:

*Liquidus, puroque simillimus amni.*⁴

En efecto, de tal modo nos llena este autor el alma con sus gracias, que nos hace olvidar el argumento. Esta consideración me inclina a decir que, según veo, los buenos y antiguos poetas evitaron la afectación y lo rebuscado, no sólo alejándose de las fantásticas elevaciones españolas y petrarquistas, sino incluso de los pormenores dulces y alambicados que son ornamento de todas las obras poéticas de los siglos siguientes. No hay buen criterio que censure a los antiguos y que no admire incomparablemente más la perpetua dulzura y floreciente belleza de los epigramas de Catulo que todas las agudezas con que Marcial afina los suyos. Y ello por la misma razón que dije antes y que ratifica el propio Marcial. *Minus illi ingenio laborandum fuit, in cujus locum materia successerat.*⁵ Aquellos primeros poetas, sin enfadarse ni conmovirse, hácese sentir, y tanto que tienen que reír, que no les son menester cosquillas. En cambio, los otros necesitan socorro ajeno, y cuando menos espíritu tienen más cuerpo les es menester. Montan a caballo por falta de piernas sólidas. De igual modo, en los bailes, los hombres de condición vil que nos los enseñan, no pudiendo representar el porte y decoro de nuestra nobleza, procuran aventajarse con saltos peligrosos y otros movimientos singulares y bufos. Las damas no sacan mejor partido de las danzas donde hay contorsiones y agitación, sino de otras donde no tienen más que andar a paso natural, representando un porte sencillo y una gracia común. Análogamente los buenos comediantes nos dan todo el placer que de su arte se puede conseguir, apareciendo vestidos de diario y con traza corriente, mientras los aprendices y los que no son de tan altas escuelas necesitan disfrazarse, enharinarse la cara y deshacerse en furiosos gestos para lograr que riamos. Esta misma comparación se reconoce bien en el parangón de la *Eneida* con el *Orlando Furioso*. Aquélla, con vuelo alto y firme, va directa a su fin, mientras éste revolotea y salta de cuento en cuento, como de rama en rama, no

⁴ Fluido e igual en todo al agua pura (Horacio, *Epíst.*, II, 2, 120).

⁵ Trabajaba poco porque el tema ocupaba lugar del ingenio. (Marcial, lib.VIII, prefacio).

fiando en sus alas más que para cortas travesías y posándose a cada momento por temor a que las fuerzas le falten:

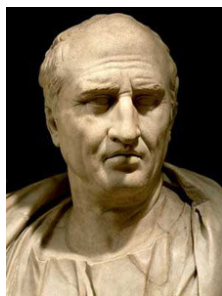
*Excursusque breves tentat.*⁶

En fin, respecto a esos temas, ya he dicho qué autores me complacen más.

En aquello que une algún fruto al placer y me ayuda a ordenar mis opiniones y condiciones, prefiero a Plutarco ahora que está en francés, y a Séneca. Los dos ofrecen para mí la notable ventaja de que la ciencia que busco ellos la tratan de manera deshilvanada, sin exigir obligación de trabajo prolijo, del que soy incapaz. Tal ocurre con los opúsculos de Plutarco y las epístolas de Séneca, que son la parte más bella y provechosa de sus escritos. Poco esfuerzo necesito para acometerlos, y además los tejo cuando me place, porque son piezas que no tienen sucesión ni dependencia unas de otras. Esos autores coinciden en las más de las opiniones útiles y verdaderas, ya que su fortuna les hizo nacer en el mismo siglo, los dos fueron preceptores de emperadores romanos, los dos procedían de países extranjeros y los dos fueron ricos y poderosos. Sus enseñanzas son la flor de la filosofía. Y están presentadas de manera sencilla y pertinente. Plutarco es más uniforme y constante; Séneca más ondulante y diverso. Éste se afana, yergue y endurece para armar a la virtud contra la debilidad, el temor y los apetitos viciosos. El otro no estima tanto sus esfuerzos y desdeña apresurar su paso y ponerse en guardia. Plutarco tiene opiniones platónicas, dulces y acomodables a la sociedad civil, mientras Séneca las profesa estoicas y epicúreas y más alejadas del uso común, si bien, a mi juicio, más ventajosas en particular y más firmes. Séneca parece doblegarse un poco a la tiranía de los emperadores de entonces, porque tengo por cierto que sólo con criterio forzado condena la causa de los generosos matadores de César. En cambio, Plutarco es libre siempre. Séneca abunda en ocurrencias y finuras; Plutarco en cosas. Aquél nos caldea y conmueve; éste nos contenta más y nos recompensa mejor. Él nos guía, mientras el otro nos prueba.

Las obras de Cicerón que aquí pueden servir a mi designio, son las que tratan de la filosofía especialmente moral. Mas cuando se franquean las barreras del descaro no hay ya brida, y, por tanto, a decir verdad, declaro que el estilo ciceroniano de escribir me parece enojoso, y asimismo todas sus maneras, ya que sus prefacios, definiciones, particiones y etimologías consumen la mayor parte de sus obras, y la vida y esencia de éstas quedan sofocadas por tanta prolijidad de preparativos. Cuando empleo una hora en leer a Cicerón -lo que es mucho para mí- y luego quiero recordar el jugo y la sustancia sacados, hallo que casi todo es viento, porque aún no ha llegado el autor a los argumentos que sirven a su propósito y a las razones que afectan propiamente a la clave que busca. Yo no quiero sino trocarme

⁶ Breves carreras intenta (Virgilio, *Geórg.*, IV, 194).



Marco Tulio Cicerón
(106-43 a. de J. C.)

en más discreto y no en más sabio o elocuente, y esas ordenaciones lógicas y aristotélicas no me cuadran. Deseo que se empiece por el punto extremo y, como entiendo muy bien lo que son la Muerte y la Voluptuosidad, no me place que se entretengan en desmenuzarlas. Persigo razones buenas y firmes que me ayuden a sostener mi esfuerzo, no sutilezas gramáticas, ni ingeniosas contexturas de palabra y argumentaciones que no sirven a mi objeto. Quiero discursos que desde el principio carguen contra el punto más fuerte de la duda, mientras los de Cicerón son buenos para la escuela, el tribunal o el púlpito, lugares donde tenemos espacio de dormirnos y de encontrar, al despertamos un cuarto de hora después, el hilo de la cuestión. Es menester hablar así a los jueces, a quienes se sugiere persuadir a tuertas o a derechas, y también a los niños y al vulgo, a los que ha de decírseles todo para ver lo que sacan en limpio. No me place que se procure despertar mi atención, ni que se me grite cincuenta veces: «¡Oíd!», al estilo de nuestros heraldos. Los romanos decían en su religión: «Hoc age», y nosotros, en la nuestra, «Súrsum corda»⁷; pero todo ello son palabras perdidas para mí, que ya estoy preparado sin exordio. No necesito aperitivo ni salsa; que me gusta la carne sin aderezos. En vez de aguzarme el apetito con esos preparativos y manejos, me lo cansan y marchitan.

La licencia de los tiempos me excusará el audaz sacrilegio de estimar también languidecientes los diálogos del propio Platón, que agotan en mucho su materia. Asimismo, con igual sacrilegio, me quejo de que emplease su tiempo en largas interlocuciones vanas y preparatorias un hombre que tantas y tan mejores cosas tenía que decir. Y aún me excusará mejor que otra cosa mi ignorancia si digo que no veo nada en la belleza del lenguaje platoniano.

Yo, en general, busco los libros que enseñan las ciencias, no los que las visten de artificios. Los dos primeros autores que dije, y Plinio y sus semejantes, no tienen nada de «Hoc age», porque quieren dirigirse a gentes ya informadas; y, aun si lo tienen, es un «Hoc age» sustancial, con su cuerpo propio.

También me placen las epístolas «ad Atticum», no sólo porque contienen muy amplia instrucción sobre la historia y asuntos de la época, sino mucho más porque descubren los humanos humores de su autor, ya que, como antes dije, experimento singular curiosidad por conocer el alma y los sinceros juicios de mis escritores. Los trabajos que exponen en el teatro del mundo pueden hacernos juzgar de su capacidad, pero no de sus costumbres ni de ellos mismos. Mil veces he lamentado la pérdida del libro escrito por Bruto, y llamado *De la Virtud*, ya que es bueno conocer las teorías de aquellos que supieron practicarla. Por lo mismo que no es igual la prédica que el predicador, me satisface hallar a Bruto en Plutarco, pero más me contentaría hallarlo en él mismo. Me gustaría, por ejemplo, saber mejor lo que Bruto dijo en su tienda a un privado amigo suyo la víspera de una batalla, que la arenga que dirigió a su ejército al día siguiente. Como también preferiría saber lo

que hacía en su casa y alcoba a lo que hizo en la calle y en el Senado.

Por juicio común sé que Cicerón, aparte de su ciencia, no tenía gran excelencia en su alma. Era ciudadano probo y de carácter bondadoso, según suelen serlo los hombres gordos y robustos como él era; pero no será mentir decir que poesía en abundancia molicie y vanidad ambiciosa. Si se quiere excusarle de haber resuelto publicar sus versos, adviértase que hacer versos malos no es de gran imperfección, pero sí lo fue no reparar en que eran indignos de la gloria de su nombre. Su elocuencia, desde luego, rayó en incomparable y no creo que nadie le iguale en ello nunca. Cicerón el Joven, que sólo en el nombre se pareció a su padre, hallóse un día, mandando en Asia, sentado a una mesa con varios extraños, y entre otros Cestio, que estaba sentado en el opuesto extremo. Cicerón preguntó a uno de los suyos quién era aquel comensal y se le dijo su nombre; pero, como hombre que siempre andaba perdido en imaginaciones, lo volvió a preguntar tres o cuatro veces. El servidor, para no tener que andar diciéndole lo mismo tan a menudo, quiso distinguir a Cestio con alguna peculiaridad que no le hiciese olvidable, y dijo: «Es ese Cestio de quien se cuenta que no da gran valor a la elocuencia de tu padre, a causa del mérito de la suya.» Picado de esto, Cicerón mandó que prendieran al pobre Cestio y le azotaran en su presencia. ¡Descortés anfitrión en verdad! Los mismos que han estimado la sin par elocuencia de Cicerón el Viejo, no han dejado de observar sus faltas. El gran Bruto, su amigo, decía que su elocuencia era rota y fatigosa: «*fractam et elumben.*» Los oradores de su siglo censuraban también en Cicerón aquel minucioso cuidado de poner cierta larga cadencia al final de sus cláusulas, y señalaban las palabras *esse videatur* empleadas por él con tanta frecuencia. Por mi parte prefiero una cadencia más corta. Y un pasaje ciceroniano que suele impresionar mis oídos es éste: *Ego me minus diu senem esse malem, quam esse senem antequam Essen.*⁸

Los historiadores son mis preferidos por lo amenos. En ellos aparece a veces más vivo y entero que en lugar alguno el hombre cuyo conocimiento me propongo, con la variedad y verdad de sus condiciones internas, en conjunto y al pormenor, y con la diversidad de sus recursos y de los accidentes que le amenazaban. Quienes escriben vidas ajenas me parecen los más acertados porque se ocupan más en el consejo que en los hechos, en lo de dentro que en lo de fuera; y por eso, en todos los sentidos, mi gran autor es Plutarco. Mucho deploro que no tengamos una docena de Laercios, o que éste no se halle más entendido y extendido, porque, en verdad, tengo tan gran curiosidad de conocer la vida de los grandes instructores del mundo, como de conocer la diversidad de sus dogmas e imaginaciones.

En esto del estudio de historias deben repasarse todos los autores, viejos y nuevos, nacionales y extranjeros, para aprender las cosas de que distintamente tra-

⁸ Preferiría ser viejo durante menos tiempo a envejecer antes de la vejez (Cicerón, de *Senectute*, 10).

tan. Pero César en particular me parece digno de estudio, no sólo por la sabiduría de sus historias, sino por él mismo; pues en verdad tiene mucha perfección y excelencia sobre los demás, aun incluyendo a Salustio entre ellos. A César le leo con más reverencia y respeto que los que pongo en leer las obras humanas, ya sea considerando sus acciones y milagrosa grandeza, ya sea la pureza e inimitable pulimento de su lenguaje, en que no sólo superó a todos los historiadores, como dice César en sus juicios al hablar de sus enemigos, que, salvando los falsos colores con que quieren encubrir su mala causa y su perversa ambición, creo que sólo cabe censurarle el que haya hablado de sí demasiado poco, porque es imposible que ejecutase tantas grandes cosas sin poner en ellas de sí más de lo que cuenta.

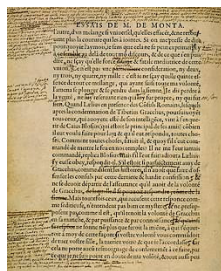
Los historiadores me agradan o muy sencillos o excelentes. Los sencillos porque no tienen motivo para mezclar cosa suya, ni aportan más que el cuidado y diligencia de recoger cuanto llega a su noticia, registrando de buena fe todas las cosas sin elección ni prueba y dejando que nuestro juicio discierna por entero la verdad. Tal es, entre otros, el buen Froissart, quien apronta a su empresa tan franca candidez, que cuando incurre en una falta no teme reconocerla y corregirla allí donde se le indica, quien nos expone, además, la misma diversidad de los rumores que corrían y los relatos que de ellos le hacían. Esta historia escueta e informe permite a cada uno aprovecharla según su entendimiento. Los historiadores excelentes tienen la capacidad de escoger lo que vale la pena, ateniéndose a lo más verosímil. Por la condición e inclinaciones de los príncipes deciden sus opiniones y les atribuyen palabras adecuadas; se arrogan con razón la autoridad de ajustar nuestra creencia a la suya; y, sin embargo, este derecho no corresponde a mucha gente. Los historiadores intermedios entre las dos clases dichas (que son los más comunes) lo echan todo a perder. Nos quieren dar mascados los bocados; se otorgan la ley de juzgar y, por tanto, de acomodar la historia a su fantasía; escogen lo que creen digno de ello y nos ocultan con frecuencia palabras y actos privados que nos instruirían mucho; omiten, por increíbles, cosas de que no entienden, y aun prescinden todavía de aquello que no saben expresar en latín o francés. Bien está que atrevidamente manifiesten su elocuencia y discursos, pero deben dejarnos también juzgar después que ellos, no alterando con sus opciones y acortamientos el cuerpo de las cosas, sino dándonoslas en sus enteras dimensiones.

El ejemplo de historiador suelen ejercerlo, y más en estos siglos, gentes vulgares, por la sola consideración de que se expresan bien, como si tratásemos de aprender en la historia la gramática. No les falta a los tales razón, puesto que se les paga sólo por esa facultad elocuente, y en consecuencia, no habiendo puesto en venta más que su estilo, únicamente de tal parte se deben cuidar. De este modo, y con plétora de grandes palabras, nos dan por historia un amasijo de los rumores

que circulan por las plazas de la ciudad. Las solas historias buenas son las que escriben quienes tenían a su cargo las cosas públicas, o las que participaron en dirigir las, o al menos los que tuvieron la suerte de gobernar o instruir a otros de esa clase. Tales son casi todas las historias griegas y romanas; y puesto que eran testigos oculares los que las hacían (ya que entonces solían coincidir la grandeza y el saber), las faltas, si las hay, deben ser prodigiosamente ligeras y sobre incidentes muy dudosos. ¿Qué cabe esperar de un médico que hable de la guerra, o de un profesor que estudie los designios de los príncipes? Para ver el escrúpulo que los romanos ponían en esto baste el ejemplo siguiente: Asinio Polión hallaba en las propias historias de César algún error, por no ser viable que él hubiera podido tener los ojos en todas partes de su ejército, de manera que debió de haber creído lo que le contaban sin comprobarlo suficientemente. Asimismo cabía no ser informado con minucia por sus lugartenientes de los hechos ocurridos en su ausencia. Esto prueba cuán delicada es la busca de la verdad cuando no se puede confiar el relato de un combate a quien lo ha dirigido, ni a los soldados el de lo que ha pasado cerca de ellos, salvo si, como en informe judicial, se confrontan los testigos y pruebas de los detalles de cada accidente. En verdad, el conocimiento que tenemos de tales asuntos es un tanto flojo; mas esto, y de manera tal como la concibo, ya ha sido debidamente tratado por Bodin.

Mi memoria es extremadamente infiel y precaria, al punto de haber yo tomado a veces libros que creía recientes y desconocidos para mí, resultando luego que los había leído años atrás y sembrándolos de notas mías. Para remediar esta he tomada la costumbre, algún tiempo ha, de poner al fin de cada libro de los que no pienso servirme más que una vez la fecha en que concluí de leerlo y el juicio que me ha merecido en conjunto, para que al menos me recuerde la idea general que he concebido del autor. Quiero transcribir aquí algunas de esas anotaciones.

Véase lo que puse, hace diez años, al pie de Guicciardini (advirtiendo que cualquiera que sea la lengua que usen mis libros, yo uso siempre la mía): «Es historiógrafo diligente y del que, a mi juicio, se puede obtener tan exactamente como de cualquier otro la verdad de los asuntos de su época, en los cuales, en su mayoría, él mismo fue actor con grado honorable. No parece que por odio, favor o vanidad desfigurara las cosas; y de esto dan fe las libres críticas que hace de los grandes; y, sobre todo, de los que le habían empleado y adelantado en sus cargos, como el Papa Clemente VII. En aquello de que más quiere prevalerse, que son sus digresiones y discursos, tiénelos buenos y enriquecidos de bellas rasgos, pero los prodiga demasiado; y así, por no querer dejar nada por decir, y tratando un tema tan pleno y amplio que casi es infinito, se torna flojo y huele un tanto a escolástico. He notado que en tantas almas y efectos como juzga, en tantos movimientos y consejos, no refiere ni uno sólo a la religión, virtud y conciencia, como si esas partes



Manuscrito de los
Ensayos de Montaigne.

estuvieran del todo extintas en el mundo. Y en todas las acciones, por buenas que en apariencia sean; atribuye la causa, a alguna ocasión viciosa o a algún provecho. Es imposible que entre ese infinito número de acciones que juzga no haya alguna producida por las vías de la razón, pues ninguna corrupción puede prender en los hombres tan universalmente que alguno no escape del contagio. Esto me hace temer que el autor encuentre algo de su gusto el vicio; y puede ocurrir que haya juzgado a las demás según él.»

De Felipe de Camines digo: «Se hallará el lenguaje dulce y agradable y lleno de cándida sencillez. La narración es pura y en ella la buena fe del autor reluce evidentemente, estando exento de vanidad al hablar de sí y de afectación o envidia al hablar de otros. Sus discursos van acompañados más de veracidad y buen celo que de exquisita suficiencia; y por doquier se encuentran autoridad y gravedad, que bien dicen que era el autor hombre de calidad y ducho en los asuntos importantes.»

Sobre las *Memorias* de los señores de Bellay, anoto: «Siempre es grato ver escritas las cosas por aquellos que ensayaron el modo de gobernarlas; pero no puede negarse que se descubre evidentemente en estos dos señores una gran decadencia de la franqueza y libertad de escribir que brilló en los antiguos autores de esta clase, como el señor de Joinville, doméstico de San Luis; en Eginhardo, canciller de Carlomagno, y, más recientemente, en Felipe de Comines. Este libro es, más que una historia, un alegato en favor del rey Francisco y contra el emperador Carlos V. No quiero creer que los autores hayan cambiado nada del conjunto de los hechos, mas sí procuran desviar la crítica de los acontecimientos, a menudo contra razón, en ventaja nuestra, omitiendo, además, cuanto hay de censurable en la vida de su señor. Sirvan de testimonio las retiradas de los señores de Montmorency y de Brion, y el nombre de la señora Etampes, que no se menciona siquiera. Pueden callarse los actos secretos, pero hacerlo con lo que todo el mundo sabe y ha producido efectos públicos y de tal consecuencia, es falta inexcusable. En resumen, para tener conocimiento entero del rey Francisco y de las cosas ocurridas en su tiempo, acúdase a otra parte si se me cree. Lo que aquí se puede sacar de provecho es la relación particular de las batallas y acciones de guerra en que esos señores se encontraron; ciertas palabras y hechos privados de algunos príncipes de su tiempo; y las negociaciones y gestiones conducidas por el señor de Langeay, donde hay abundancia de cosas dignas de ser sabidas y discursos no vulgares.»